

EDITORIAL  
**TOR**

DE LOS  
**APENINOS**  
A LOS  
**ANDES**



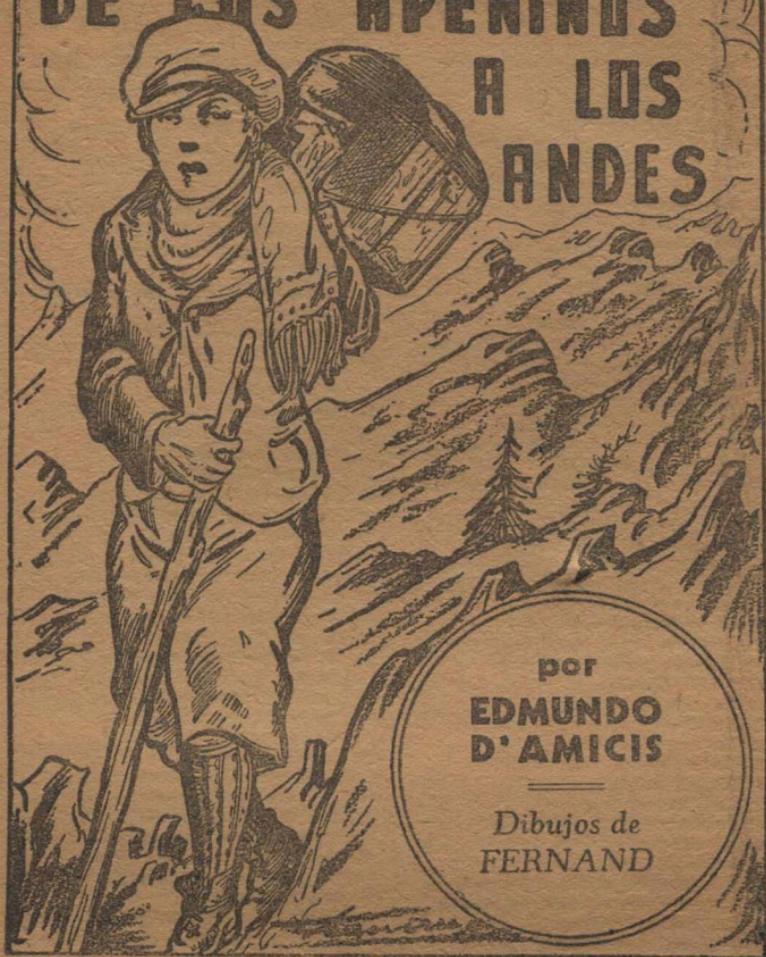


00163310



*Monta*

# DE LOS APENINOS A LOS ANDES



por  
**EDMUNDO  
D'AMICIS**

Dibujos de  
**FERNAND**

**EDITORIAL TOR**

Rio de Janeiro 760

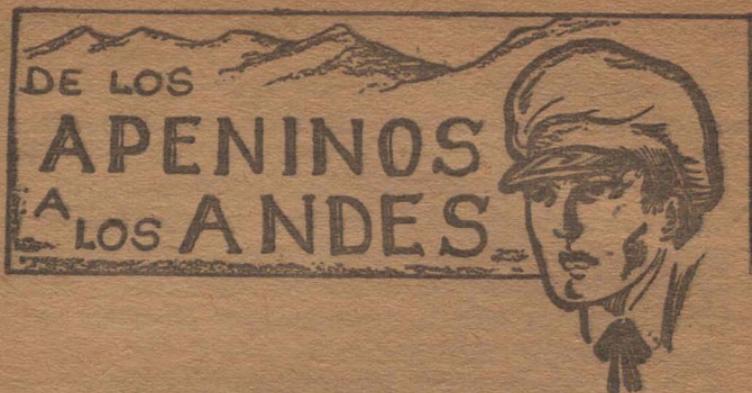
— Buenos Aires

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- |   |                                    |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres                 | 51 El niño raptado                 |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos                   | 52 Barba Azul                      |
| 3 Los príncipes encantados                        | 53 Taino el hormiguero             |
| 4 La Bella durmiente del bosque                   | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte                                      | 55 El tejedor de Segovia           |
| 6 Piel de asno                                    | 56 El príncipe Codudo              |
| 7 La princesa y el erizo                          | 57 La amiguita de los pájaros      |
| 8 Ah Babá y los 49 ladrones                       | 58 La señorita Scuderi             |
| 9 La inocente mensajera                           | 59 Fábulas de Esopo                |
| 10 Pinocho en campo de milagros                   | 60 Constanza                       |
| 11 El pájaro verde                                | 61 Nicolás y Niccolina             |
| 12 Pulgarcito                                     | 62 Los rosales de la reina         |
| 13 Los maestros cantores                          | 63 El enfermero del Chacho         |
| 14 El rey del río de Oro                          | 64 Grisélidis                      |
| 15 Capucín Rojo                                   | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas                             | 66 Aladino                         |
| 17 El triunfo del zorro                           | 67 Genoveva de Brabante            |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas               | 68 La Sirenita                     |
| 19 La princesa picazona                           | 69 Peter Pan                       |
| 20 Simbad el marino                               | 70 El patito feo                   |
| 21 Canción de Navidad                             | 71 Hombre que vendió su pombo      |
| 22 Un viaje maravilloso                           | 72 Los tres pelos del diablo       |
| 23 El niño que se volvió hormiga                  | 73 Hansel y Gretel                 |
| 24 El ensayo Zacarías                             | 74 La flor del pantano             |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo                  | 75 El buque fantasma               |
| 26 El legado del moro                             | 76 La cámara del tesoro            |
| 27 El gato con botas                              | 77 La desobediencia                |
| 28 El hada de Granville                           | 78 El tarro de acedunas            |
| 29 De las Apesinas a los Andes                    | 79 El mensajero de la cometa       |
| 30 Mélique  | 80 La camisa del hombre feo        |
| 31 El rey Cervo                                   | 81 La verdad sospechosa            |
| 32 Almendrita                                     | 82 La graciosa Emelia              |
| 33 Pinocho en el país de juguetes                 | 83 El muchacho afortunado          |
| 34 El niño perdido                                | 84 La novia ciega                  |
| 35 Robin Hood                                     | 85 Las dos estatuas                |
| 36 La isla encantada                              | 86 La botella encantada            |
| 37 Pif Paf  | 87 El mercader de Venecia          |
| 38 La carga liviana                               | 88 La obligación                   |
| 39 La alfombra mágica                             | 89 El favorito ingenuo             |
| 40 El pájaro que reía                             | 90 Los dos ruiseñores              |
| 41 La Centocienta                                 | 91 El ladrón de Bagdad             |
| 42 Aventuras del rey Bedor                        | 92 El tambor del regimiento        |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro                |
| 44 Pinocho en el fondo del mar                    | 94 El barbero silencioso           |
| 45 Gulliver en el país de enanos                  | 95 Las tres perlas                 |
| 46 La bella Dorigen                               | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules                         | 97 El príncipe impostor            |
| 48 Los micos maravillosos                         | 98 El rey en busca de novia        |
| 49 Las tres hermanas                              | 99 El soldadito de plomo           |
| 50 Fábulas de Iriarte                             | 100 El mercader y la favorita      |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



I

*En viaje a Buenos Aires*



ACIA dos años que una pobre mujer genovesa había ido a Buenos Aires para colocarse en alguna casa rica y juntar el dinero necesario para levantar a su familia, que había caído en la miseria.

La desdichada había llorado amargamente al separarse de sus hijos, el mayor de los cuales tenía dieciocho años, pero partió con mucho ánimo y el corazón lleno de esperanzas.

Apenas llegó a la capital de la República Argentina encontró la ocupación que deseaba, en casa de una buena familia del país, que la trataba bien y le pagaba un buen sueldo.

Durante un tiempo mantuvo una constante correspondencia con los suyos.

Pero transcurrido un año y después de una car-

ta en la que ella decía que no se encontraba muy bien de salud, la familia de la buena mujer no volvió a recibir más noticias suyas. Escribieron dos veces al primo que hacía de intermediario en la correspondencia, y éste no contestó. Temiendo una desgracia, se dirigieron al cónsul en Buenos Aires, y después de tres meses recibieron una nota en la que se les comunicaba que, a pesar de haber publicado un aviso en los diarios, nadie se había presentado al consulado, ni siquiera para dar una simple referencia.

Y así pasaron otros tres meses sin tener noticias. Tanto el padre como los hijos estaban consternados. La primera idea del hombre fué irse a América en busca de su esposa; pero ¿quién sostendría a los chicos durante su ausencia? Tampoco podía marchar el hijo mayor, porque recién empezaba a ganar algo, que bastante falta les hacía a todos. Hasta que una noche el más pequeño, que se llamaba Marcos y tenía trece años de edad, exclamó, decidido:

—Me voy a América a buscar a mamá.

El padre movió tristemente la cabeza sin responder. Le parecía una idea impracticable. El viaje era muy largo, y el niño era demasiado pequeño. Marcos insistió repetidas veces, pero siempre sin resultado. Hasta que un día el comandante de un barco, amigo de un conocido de la familia, se enteró y se ofreció para llevarlo gratuitamente. Recién entonces, y después de no pocas vacilaciones, el padre consintió.

Le llenaron un baúl con ropa, le pusieron un poco de dinero en el bolsillo, le dieron las señas del pariente que tenían en Buenos Aires, y una linda tarde de primavera lo embarcaron. Al des-

pedirse, le dijo el padre, besándolo con lágrimas en los ojos:

—Sé que tienes juicio y estás acostumbrado a las privaciones. Sólo me resta, pues, recomendarte que tengas ánimo y que no olvides que te guía un fin santo y que Dios ha de ayudarte.

Veintisiete días duró el viaje. Veintisiete días en los que el pobre Marcos sufrió lo indecible debido a los temporales. Afortunadamente, los últimos fueron los días de mejor tiempo. Además, se había hecho amigo de un viejo lombardo que iba a reunirse con su hijo, que tenía una chacra cerca de Rosario.



*Veintisiete días duró el viaje*

Enterado de la causa del viaje del muchacho, a cada momento su compañero le daba palmaditas en el cuello y le decía:

—¡Animo, amiguito! Ten la seguridad de que encontrarás a tu madre buena y contenta.

## II

### *Malas noticias*

Era una linda mañana de mayo cuando el buque echó el ancla en el puerto de Buenos Aires. Marcos estaba loco de alegría. ¡Su madre se encontraba allí, cerca de él! Unas horas más, y estaría en sus brazos. Tan feliz se sentía, que no se afligió cuando al registrarse los bolsillos se encontró con la mitad del dinero que le habían dado al salir de Génova. Lo demás se lo habían robado. ¡Pero qué le importaba, si estaba tan cerca de su madre?

Con su baulito al hombro, desembarcó, se despidió de su amigo, el viejo lombardo, y se dirigió resueltamente a la ciudad. En la primera esquina preguntó a un hombre, que, por casualidad, era un obrero italiano, dónde quedaba la calle Artes. Este le dijo que siguiera derecho y se fijara en los nombres de todas las calles que cruzaban aquella; después de varias cuadras, daría con la que buscaba. En efecto, no tardó en leer el letrero de la calle Artes. Dobló la esquina y a las pocas casas vió el número 117. El negocio de su tío tenía el 175. Apretó el paso y ante el número 171 tuvo que detenerse para tomar aliento. ¡Tan emocionado estaba!



*—Dicen que se fué a Bahía Blanca...*

—¡Mamita! —se decía—. ¿Será posible que te vuelva a ver dentro de pocos minutos?

Reanudó la marcha y se detuvo ante una ferretería. Sin duda, aquél era el negocio de su tío. Se asomó, y una señora de cabello gris y anteojos, que estaba junto al mostrador, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿No es éste el negocio de Francisco Merelo?

—Francisco Merelo murió.

Marcos se sintió desfallecer.

—¿Cuándo murió? —preguntó a la señora.

—Hace algunos meses. Le iba mal en los negocios, y dicen que se fué a Bahía Blanca, donde murió poco después de llegar. Ahora el negocio es mío.

Al enterarse de tan triste noticia, Marcos palideció. Luego dijo:

—Mi tío Merelo se trataba con mi madre, que estaba aquí sirviendo en casa de la familia de Mequínez. Y he venido a América con el único propósito de ver a mamá. ¡Debo encontrarla!

—Hijo mío —respondió la señora—, siento no poderte dar mayores datos. Pero, espera... Le

preguntaré al muchacho del corralón. El conoce al chico que le hacía los mandados a Merelo. A lo mejor sabe algo.

Inmediatamente se dirigió a los fondos de la casa y llamó al muchacho, que no tardó en hacerse presente.

—Dime —le dijo la señora—, ¿no te acuerdas del chico que tenía Merelo? ¿No sabes si alguna vez le llevaba cartas a una mujer que estaba de sirvienta en casa de una familia criolla?

—Sí, en casa del señor Mequínez —respondió el muchacho del corralón—. Sé que a veces iba. Es una familia que vive en la última cuadra de esta calle.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Marcos—. Dime el número de la casa.

—No recuerdo.

—Entonces, acompáñame tú mismo. Todavía me quedan unos centavos.

—¡Vamos! —le dijo el muchacho, sin esperar el permiso de su patrona. Y salió marchando delante del recién llegado.

Corriendo casi y sin cambiar una sola palabra, llegaron al extremo de la calle; atravesaron el zaguán de una pequeña casa blanca, y se detuvieron delante del cancel de hierro a través del cual se veía un patio lleno de macetas de flores.

Marcos tocó una campanilla, y apareció una señorita.

—¿Vive aquí la familia Mequínez? —preguntó el italianito.

—Aquí vivía —respondió la muchacha—. Ahora vivimos nosotros, la familia de Ceballos.

—¿Dónde se mudaron los señores de Mequínez?

—Se fueron a Córdoba.

—¿A Córdoba?... ¿Y dónde está Córdoba?

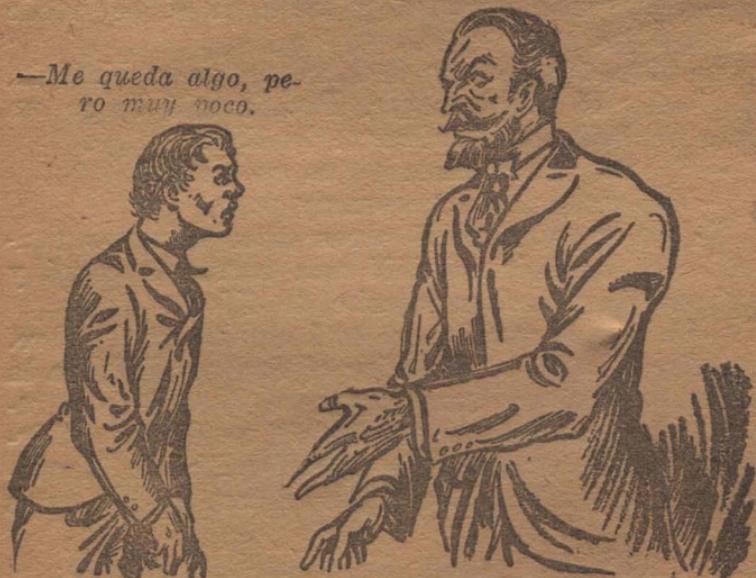
—Muy lejos... En las provincias.

—¿Y la persona que tenían a su servicio? Era mi madre, ¿sabe? ¿Se llevaron también a mi madre?

La señorita lo miró y le dijo:

—No sé. Pero tal vez lo sepa papá, que los despidió cuando se fueron. Le voy a preguntar. Espera un momento.

*—Me queda algo, pero muy poco.*



Entró en una de las piezas y al poco rato salió con su padre, un señor alto y de barba gris. Este miró a Marcos y le preguntó en mal italiano:

—¿Es genovesa tu madre?

—Sí, señor. Es genovesa.

—No hay duda. Era la sirvienta de los Mequínez. Sí, se fué con ellos a Córdoba; estoy seguro.

—Entonces, ire a Córdoba —dijo Marcos con tono resuelto.

—Pero, ¿sabes lo que dices? —le preguntó el señor, mirándolo con lástima—. Córdoba queda a mil leguas de aquí.

Entonces Marcos palideció y se apoyó con una mano en el cancel, para no caerse.

Compadecido, el señor abrió la puerta, mientras le decía al recién llegado:

—Ven, pasa adentro, y veremos si se puede hacer algo.

Le ofreció asiento y le hizo contar su historia, que escuchó atentamente. Permaneció luego un rato pensativo y finalmente le dijo:

—Tú no tienes dinero, ¿no es cierto?

—Me queda algo, pero muy poco.

El señor permaneció otros cinco minutos pensativo y después escribió una carta, la cerró y entregándosela al muchacho, le dijo:

—Ve a la dirección que está escrita en el sobre. Queda en la Boca. El señor al cual va dirigida la carta, te hará salir mañana para Rosario y te recomendará a alguien que de allí se dirija a Córdoba, donde encontrarás a la familia de Mequinez y a tu madre. Para los primeros gastos, toma esto.

Y le dió unos pesos. Al despedirlo, le dijo:

—No te desanimes, muchacho. En la Argentina encontrarás por todas partes compatriotas tuyos, que estoy seguro no te abandonarán. ¡Adiós y buena suerte!

El italianito le dió las gracias, y después de despedirse de su pequeño guía, se encaminó a la Boca, atravesando la ciudad, lleno de tristeza y asombro.

*A Rosario*

Lo que le ocurrió desde aquel momento hasta la noche del siguiente día, le quedó a Marcos grabado en la memoria en forma confusa. ¡Tan cansado y afligido estaba!

Al anochecer del día siguiente, después de haber dormido en el cuartucho de una casa de la Boca, se encontraba en la popa de una barcaza que llevaba un cargamento de frutas para Rosario. La tripulaban tres robustos genoveses, cuyo dialecto animó al desdichado muchacho.

El viaje duró tres días y cuatro noches, ofreciendo, de continuo, motivo de admiración para el pequeño viajero. Tres días y cuatro noches remontando el maravilloso Paraná, en cuya comparación los grandes ríos europeos son insignificantes arroyos.

Dos veces por día comía con los marineros, los



—¿Dónde se ha visto un genovés que llora?

cuales, viéndole tan triste, no le dirigían la palabra.

Cuando, después de cenar, el sueño lo vencía, dormía sobre la cubierta, y con frecuencia se despertaba bruscamente admirando la clara luz de la luna que blanqueaba las lejanas orillas. Entonces el corazón se le oprimía, y exclamaba:

—¡Córdoba!... ¡Córdoba!...

Se le antojaba pronunciar el nombre de una de aquellas misteriosas ciudades de las que había oído hablar en las leyendas. Luego se ponía a pensar y se decía:

—Mi madre ha hecho este mismo viaje. Ha pasado por aquí; ha visto estas mismas islas...

Y entonces ya no le parecían tan extraños aquellos lugares.

Cuando de noche alguno de los marineros cantaba, su voz le recordaba las canciones de su madre, aquellas que entonaba para que se durmiera cuando era niño.

La última noche, al oír uno de aquellos cantos, se puso a sollozar.

—¡Animo! —le gritó el marinero al notarlo, interrumpiendo su canción—. ¡Dónde se ha visto un genovés que lllore por estar lejos de su casa?

Aquellas palabras tuvieron la virtud de sacudir su espíritu.

—Es cierto. Estoy dispuesto a dar la vuelta al mundo, si es necesario, hasta dar con mi madre. Llegaré, aunque sea moribundo, para caer exánime a sus pies. ¡Todo, con tal de verla, aunque sólo sea una vez! ¡Animo!... ¡Animo!

Y con renovados bríos, llegó, al clarear una linda y fresca mañana, frente a la ciudad de Rosario.



—Estoy dispuesto a dar la vuelta al mundo.

Una vez desembarcado, se internó en la ciudad con su baulito al hombro, buscando a un señor argentino para el cual su protector de la Boca le había dado una recomendación.

Cerca de una hora anduvo de acá para allá. Finalmente, a fuerza de preguntar, encontró la casa de su nuevo protector. Llamó, y apareció un hombre que le preguntó fríamente, con acento extranjero:

—¿Qué quieres?

—Vengo a entregar esta tarjeta al señor.

—El señor salió anoche para Buenos Aires con su familia.

Marcos se quedó estupefacto. Finalmente, se atrevió a decir:

—Pero... es que yo no conozco a nadie aquí... Y estoy necesitado.

—No me interesa —contestó el otro.

Y le dió con la puerta en las narices.

El pobre muchacho se quedó anonadado. Estuvo así un largo rato. Hasta que lo sacó de su letargo una voz que le dijo en italiano, con frases del dialecto lombardo:

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

Marcos levantó la vista y en seguida se puso de pie, lanzando una exclamación de asombro. El que estaba ante él era el viejo con el que se había hecho amigo durante el viaje de Génova a Buenos Aires. El muchacho le contó lo que le había ocurrido y la situación en que se encontraba.

—Consígame cualquier trabajo —le dijo—. Estoy dispuesto a hacer de todo con tal de juntar unos pesos que me permitan ir donde está mi madre. ¡Consígamelo, que va no puedo más!



*Mientras presentaba el sombrero...*

—Ven conmigo —le dijo el viejo por toda contestación.

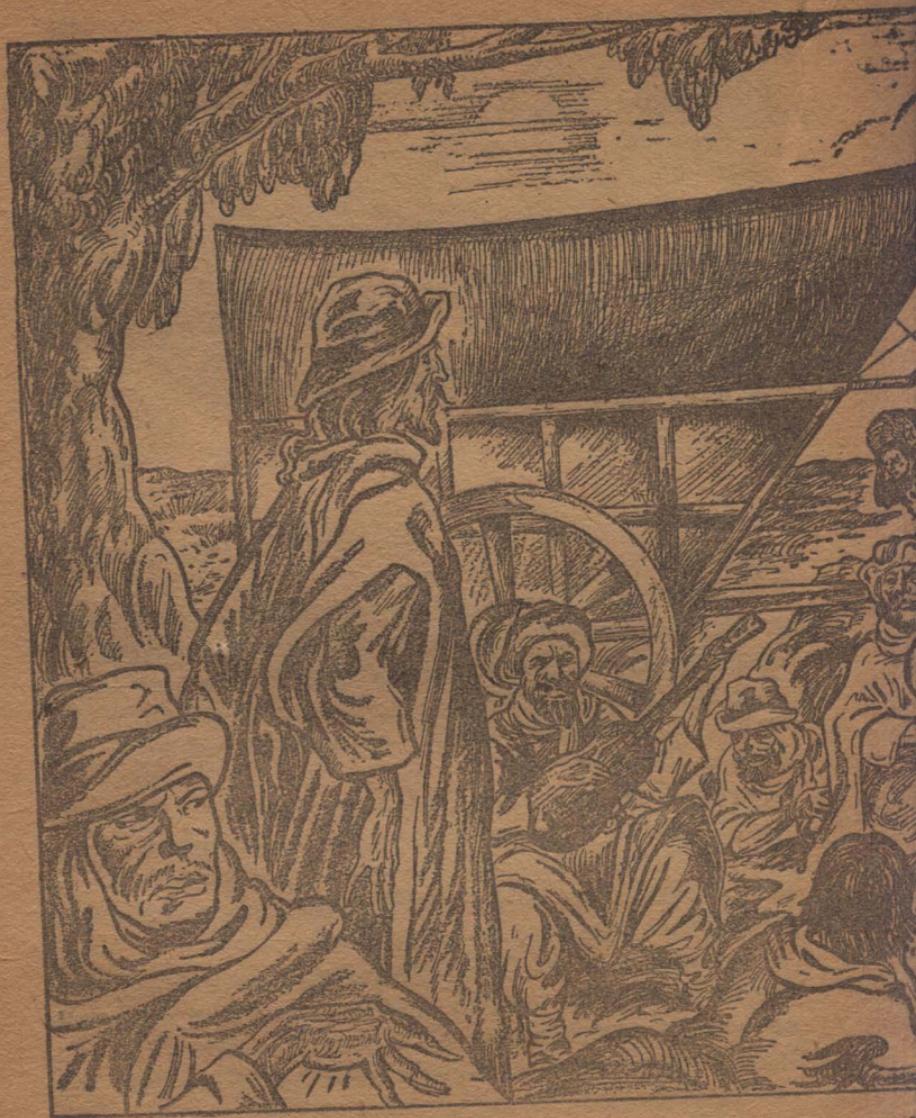
El muchacho lo siguió, y anduvieron un largo trecho sin cambiar palabra alguna. Finalmente se detuvieron en la puerta de una fonda que ostentaba un letrero que decía: “La Estrella de Italia”. El lombardo echó una mirada adentro y le dijo a Marcos:

—¡Menos mal! Llegamos a tiempo.

Entraron y se arrimaron a la primera mesa. Por la forma como saludó el viejo a los seis clientes que estaban allí reunidos, se comprendía que se había separado de ellos hacía poco.

—Amigos —les dijo—, aquí tenemos a un compatriota que ha venido desde Génova a buscar a su madre que está en Córdoba. No tiene un centavo y se encuentra solo y desesperado. Hay que hacer algo por él.

—¡Cómo no! —gritaron todos. Y se dispusie-



*Le hacían llevar cargas exageradas de pasto, y l*



daban a buscar agua a distancias extraordinarias.

ron a ayudar al muchacho. Lo palmearon, le dijeron frases de aliento.

—¡Vamos! Hay que aflojar los centavos —decía el viejo lombardo, mientras presentaba el sombrero a los presentes. Y así fué cómo en menos de diez minutos reunió cuarenta y dos pesos.

—¿Has visto —le dijo entonces a Marcos— con qué facilidad se hace esto en América? ¡Bebe! —agregó, mientras le servía vino—. ¡A la salud de tu madre!

Todos levantaron los vasos y Marcos, haciendo lo propio con el suyo, repitió:

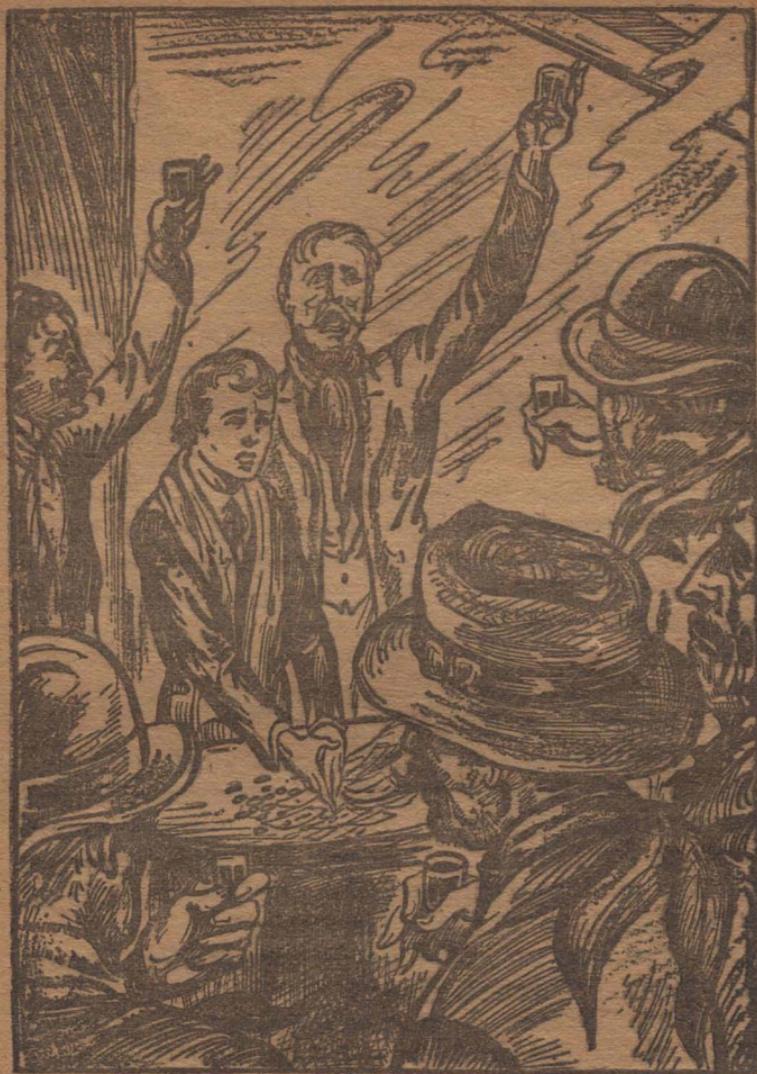
—A la salud de mí...

Pero un sollozo provocado por la alegría le impidió terminar el brindis, y dejando el vaso sobre la mesa se echó en brazos de su viejo amigo.

#### IV

#### *El viaje a Córdoba*

Al amanecer del día siguiente, Marcos había partido para Córdoba, sonriente y esperanzado. El tiempo era desapacible. Viajaba en un coche muy grande y sentía frío. Embarcado en Génova a principios de la primavera europea, su familia no había pensado que en América se iba a encontrar pronto con el invierno, y lo habían vestido con ropa de verano. Finalmente, el cansancio lo venció y se quedó dormido. Cuando se despertó estaba aterido y se sentía mal. Y entonces le acometió el temor de caer enfermo, de morir en el viaje. En el fondo del coche había tres hombres barbudos envueltos en ponchos. Lo miraban y hablaban bajo.



*Todos levantaron los vasos, y Marcos...*

Los barbudòs, lejos de maltratarlo, le hicieron caricias y lo tranquilizaron, y viendo que le castañeteaban los dientes debido al frío, le echaron encima uno de sus ponchos y le dijeron que volviera a sentarse y se durmiera. Así lo hizo el italianito. Cuando lo despertaron, ya estaba en Córdoba.

Saltó en seguida del coche y preguntó al primer empleado del ferrocarril que le salió al paso dónde vivía el ingeniero Mequínez. Por casualidad lo conocía, y le dió el nombre de una iglesia, agregando que al lado mismo estaba la casa de la familia que buscaba. El muchacho echó a correr en la dirección indicada. Le pareció estar otra vez en Rosario, con sus calles rectas y larguísimas, aunque no había tanta gente. Se dirigió al primer sacerdote que encontró, y pronto dió con la casa. Golpeó el llamador con mano temblorosa, y con la otra se apretó el corazón, que parecía quererle subir a la garganta. Una vieja apareció en la puerta.

—¿A quién buscas? —le preguntó.

—Al ingeniero Mequínez.

—¿También tú preguntas por ése? ¡Cuándo terminarán! Hace tres meses que nos molestan con lo mismo. ¿No basta con que lo hayamos anunciado en los diarios? ¿O hace falta que peguemos carteles en las esquinas informando que el ingeniero Mequínez se fué a Tucumán?

Marcos hizo un gesto de desesperación. Luego, sin poderse contener, dijo:

—¿Seré víctima de una maldición?... ¿Tendré que morir en medio de la calle sin encontrar a mi madre?...

—Yo no sé, hijo mío... Pero, ahora que m

acuerdo. Mira: das vuelta en la primera esquina a la derecha y en la tercera puerta encontrarás un patio. Allí vive un capataz que sale mañana para Tucumán con sus carretas. A lo mejor te lleva a cambio de algún trabajo.

El muchacho dió las gracias a la buena mujer y salió a escape. A los dos minutos estaba en un amplio corralón alumbrado por faroles. Varios peones cargaban bolsas de trigo en grandes ca-



*Al amanecer del día siguiente...*

rretas. Un hombre alto y bigotudo dirigía el trabajo. Marcos se acercó a él y le expuso su pretensión.

—No tengo trabajo para ti.

—Tengo quince pesos —le replicó el muchacho, en tono suplicante—. Se los doy y le prometo trabajar durante el camino. Haré lo que me mande. Y no le causaré mucho gasto. Con un poco de pan me conformo. Déjeme ir, señor... Tengo que ver a mi madre...

El capataz lo volvió a mirar y le dijo, más amablemente:

—Es que no tengo lugar. Además, no vamos a Tucumán, sino a Santiago del Estero. Te tendríamos que dejar en el camino y te tocaría andar a pie un largo trecho.

—No importa —dijo Marcos—. Andaré todo el tiempo que sea preciso. La cuestión es llegar donde está mi madre. ¡Hágame un lugarcito, por favor!

—Está bien. Esta noche dormirás en una de las carretas, y mañana a las cuatro te despertaré.

—Gracias, señor —le dijo Marcos, besándole la mano.

—Bueno, bueno... Anda, acuéstate, y que descanses. ¡Hasta mañana!

Y a las cuatro del día siguiente, cuando todavía era noche cerrada, la larga fila de carretas se puso en movimiento.

## V

### *Hacia Tucumán*

Marcos se había quedado dormido en el interior de una de las carretas. Cuando se despertó, el convoy se hallaba detenido en un lugar solitario.

Comieron, se acostaron y después volvieron a reanudar el viaje. Este se hacía regulado como una marcha militar.

Marcos prendía el fuego, daba de comer a los animales, limpiaba los faroles y acarreaba el agua. El paisaje desfilaba ante él como una visión fantástica: grandes bosques de árboles achaparrados y oscuros; pueblitos de pocas casas; vastas



*Saltó en seguida del coche...*

extensiones blanqueadas por la sal, y por todas partes, soledad y silencio.

Como el muchacho se había hecho un servidor obligado, los peones eran cada vez más exigentes. Algunos lo trataban brutalmente y hasta con amenazas. Le hacían llevar cargas exageradas de pasto, y lo mandaban a buscar agua a distancias extraordinarias. Tan cansado estaba el pobre, que ni de noche podía dormir.

A veces, cuando no lo veían, se acurrucaba en el lugar de la carreta que le servía de aposento, y con la cara apoyada en su baúl, se ponía a llorar.

Cada mañana se levantaba más débil y más desalentado, y al mirar el campo y ver siempre aquella inmensa llanura como un océano de tierra, se decía:

—Lo que es hoy, no llego a la noche. Me voy a morir en el camino.

Y el trabajo aumentaba, y los malos tratos

también. Hasta que cayó enfermo. Y tuvo que pasarse tres días acostado en el rincón de la carreta, tapado con una manta.

Después fué mejorando gracias a los cuidados del buen hombre, hasta que se sintió restablecido por completo. Pero coincidió el día de su curación con el más triste del viaje: el día en que debía quedar solo. Había llegado al punto en que el camino de Tucumán se aparta del que va a Santiago del Estero.

Al darle el capataz la noticia, le hizo algunas indicaciones respecto al trayecto a recorrer, le cargó el equipaje sobre las débiles espaldas y lo despidió.

Llevaba tres días de viaje a través de aquella llanura interminable y siempre igual. Sin embargo, había algo que animaba al pequeño caminante: era una cadena de altas y azules montañas con los picos nevados, que le recordaban los Alpes de su patria. Lo que veía el muchacho eran los Andes, la espina dorsal de América, que se extiende desde la Tierra del Fuego hasta el mar glacial del polo Artico. También lo animaba el notar que el aire se hacía cada vez más templado. Es que, marchando hacia el norte, se acercaba a las regiones tropicales. De trecho en trecho encontraba almacenes rurales, donde compraba algo para comer. El primer día anduvo hasta quedar agotado y se tendió a dormir bajo un árbol.

Y pasaron cuatro días, cinco, una semana. Las fuerzas lo iban abandonando, y los pies, doloridos, le sangraban. Finalmente, una tarde, cuando ya anochecía, alguien le dijo: "Tucumán está sólo a cinco leguas de aquí". Lanzó un grito de alegría y aceleró el paso. Pensaba que su madre es-



*Se consideraba perdido y llamaba a su madre.*

taría mirando en aquel momento las mismas estrellas.

## VI

### *La madre enferma*

¡Pobre Marcos! Si hubiera sabido en qué estado se encontraba su buena madre en aquel instante, no estaría tan contento.

Estaba tendida en cama en una pieza de los fondos de la casa del ingeniero Mequínez, cuya familia le había tomado mucho cariño y le atendía solícitamente.

Precisamente en aquel momento, cuando Marcos la invocaba, tendido junto a la zanja del camino, estaban junto a la cama de la enferma el ingeniero Mequínez y su esposa, tratando de vencerla para que se dejara operar.

Un especialista de Tucumán había ya estado allí la semana anterior con el mismo propósito. Y la enferma se resistía, diciendo:

—No, no vale la pena. Ya no me quedan fuerzas para aguantar, y sé que me quedaré en la operación. Por lo tanto, es mejor que me dejen morir así.

Sus patronos le daban ánimos diciéndole que las últimas cartas enviadas directamente a Génova tendrían respuesta. Que tenía que dejarse operar, que debía hacerlo, aunque sólo fuera por sus hijos.

Entonces se agravaba más el desaliento que la postraba, y decía:

—¡Oh, mis hijos! ¡Pobrecitos! A lo mejor ya no



*Cayó rendido a orillos de una zanja.*

existen. Por eso deseo morir yo también. Es inútil que pasado mañana vuelva el médico. Quiero morir. Es mi destino.

Los dueños de casa seguían a su lado, mirando con compasión a aquella madre admirable que había venido desde tan lejos a trabajar de sirvienta, y a morir después de haber sufrido tanto.

## VII

### *Buscando a la madre*

Al día siguiente, muy temprano, entraba Marcos en Tucumán.

Buscaba entre las gentes una cara que le inspirase confianza para preguntarle dónde estaba su madre, cuando vió una tienda que ostentaba un nombre italiano. Dentro había un hombre con

anteojos y dos mujeres. Se detuvo en la puerta y preguntó:

—¿Podrían decirme dónde vive la familia Mequínez?

—No está en Tucumán —le contestaron.

Un grito de dolor se escapó de la garganta del muchacho. El tendero y las mujeres se le acercaron, alarmados.

—No hay que desesperarse —le dijeron—. Los Mequínez no están aquí, pero no viven muy lejos. Su ingenio está a pocas horas de Tucumán, a orillas del Saladillo.

—Yo estuve allí hace poco —dijo un joven que se había acercado al oír el grito.

—Entonces, ¿habrá visto a la sirvienta del señor Mequínez, la italiana? ¿La vió?

—¿La genovesa? ¡Cómo no, que la he visto!

Marcos rompió entonces a llorar convulsivamente. Y dijo apenas se reanimó un tanto:

—¿Por dónde se va? ¡Pronto, díganme el camino, que me voy en seguida! ¡Rápido!

Viendo que su propósito era irrevocable, no se opusieron.

—Hay una jornada de marcha —le dijeron—, y debes tener cuidado en el camino por el bosque.

Un hombre lo acompañó hasta las afueras de la ciudad, le indicó la ruta y le dió algunos consejos que Marcos agradeció.

A los pocos minutos el muchacho desaparecía rengueando con su baúl a cuestras entre los árboles frondosos que flanqueaban el camino.

## VIII

### *El salvador*

Aquella noche fué terrible para la pobre enferma. Tenía dolores atroces que le arrancaban verdaderos alaridos. Y en el delirio ella decía:

—¡Mis pobres hijos, que se quedan sin madre!  
¡Mi Marcos, todavía tan pequeño, y tan bueno, y tan cariñoso! Si ustedes lo conocieran... No me lo podía arrancar del cuello cuando partí. Sollozaba que daba pena oírlo. ¡Pobrecito! ¿Dónde estará ahora, infeliz criatura?

Eran las doce de la noche y su pobre Marcos, después de haber pasado largas horas sobre la orilla de una zanja, completamente extenuado, caminaba a través de un tupido bosque.

Por instantes sentía un vivo estupor; pero no tardaba en sobreponerse, y entonces su alma dolorida y ansiosa volaba hacia su querida madre.

La situación del infeliz muchacho era en realidad digna de lástima. Estaba muerto de fatiga, con los pies hechos una llaga, y solo, completa-



—¡Mis pobres hijos, que se quedan sin madre!

mente solo, en medio de aquel bosque imponente, donde apenas veía a largos intervalos, una que otra vivienda humilde, pobres ranchos ocupados por modestos pobladores que a aquellas horas estarían entregados al sueño reparador, ajenos por completo a la lucha feroz que se libraba en el ánimo del pobre Marcos.

Aunque estaba agotado, no sentía el cansancio. Y aunque estaba solo, y a pesar de lo imponente de la naturaleza, no sentía miedo de los hombres ni de las fieras. Se dijera que la misma grandeza de la vegetación engrandecía su alma. Pero, sobre todo, la cercanía de su madre era lo que le daba la fuerza y la decisión de un hombre hecho y derecho.

A las ocho de la mañana del siguiente día, el médico ya estaba en la cabecera de la cama de la enferma. Había llegado en compañía de un practicante, dispuesto a operar a la pobre mujer. Pero todo era inútil. Ella no tenía fe en la intervención. Estaba segura que iba a morir. El médico, desalentado, desistió, y nadie se atrevió a querer convencerla.

—Mi buena señora —le dijo la enferma a la patrona—, me hará el favor de mandar los pocos pesos que tengo a mi familia por medio del cónsul. Y les escribiré diciendo que siempre he pensado en ellos y que he trabajado para ellos, y que recomiendo, a mi marido, y a mi hijo mayor, el más pequeño, a mi pobre Marcos.

Dió vuelta los ojos anegados en llanto, y vio que su patrona ya no estaba a su lado. Habían venido a llamarla furtivamente. Buscó al señor, y tampoco estaba. Al rato apareció la señora y le dijo:



*Temblaba de terror al enterarse.*

—Tengo que darte una buena noticia, Josefa. Prepara tu corazón, que es muy importante. Vas a ver a una persona a quien quieres mucho.

—¿Quién es? —exclamó con voz angustiada la enferma.

Un instante después lanzó un grito agudo, y de un salto se sentó en la cama. Marcos, todo llagado y cubierto de tierra, estaba de pie en el umbral, contenido por el médico, que lo sujetaba por un brazo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó la mujer.

El muchacho se lanzó hacia ella, que permanecía con los brazos descarnados extendidos; lo apretó contra su pecho como una tigresa, y rompiendo a reír violentamente entre sollozos sin lágrimas, besó desesperadamente a su hijo, hasta desplomarse rendida sobre las almohadas.

Pronto se rehizo y gritó como una loca:

—¿Quién te ha traído?... ¿No estás enfermo?...  
Luego, volviéndose hacia el médico, le dijo:

—¡Pronto, doctor! Ahora sí que quiero curarme. Opéreme. No pierda un minuto. Llévense a Marcos, para que no sufra. No es nada, hijo mío. Ya me lo contarás todo.

Sacaron al muchacho de la pieza, y el cirujano operó a la enferma.

En la habitación próxima estaba el ingeniero con Marcos, que temblaba de terror al enterarse de lo que le estaban haciendo a su querida madre. De pronto, un grito agudo como el de un herido resonó por toda la casa.

—¡Mi madre ha muerto! —gritó el muchacho.

Poco después el médico apareció en la puerta, y dijo:

—Tu madre se ha salvado.

Marcos se echó a sus pies sollozando mientras exclamaba:

—Gracias, doctor, gracias...

—Levántate —le dijo entonces el médico—.

¡Has sido tú, con tu heroico sacrificio, quien ha salvado a tu madre!



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de  
la Editorial TOR, el día 6 de octubre de 1944.  
Printed in Argentina. Impreso en la Argentina.

4  
L12  
O. LA  
29

CASA CALVO  
LIBRERIA - JUGUETERIA  
MUSICA Y MODELOS PARA TODOS LOS  
CONSERVADOS  
JUAN B. ALBERDI 5420



CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

29